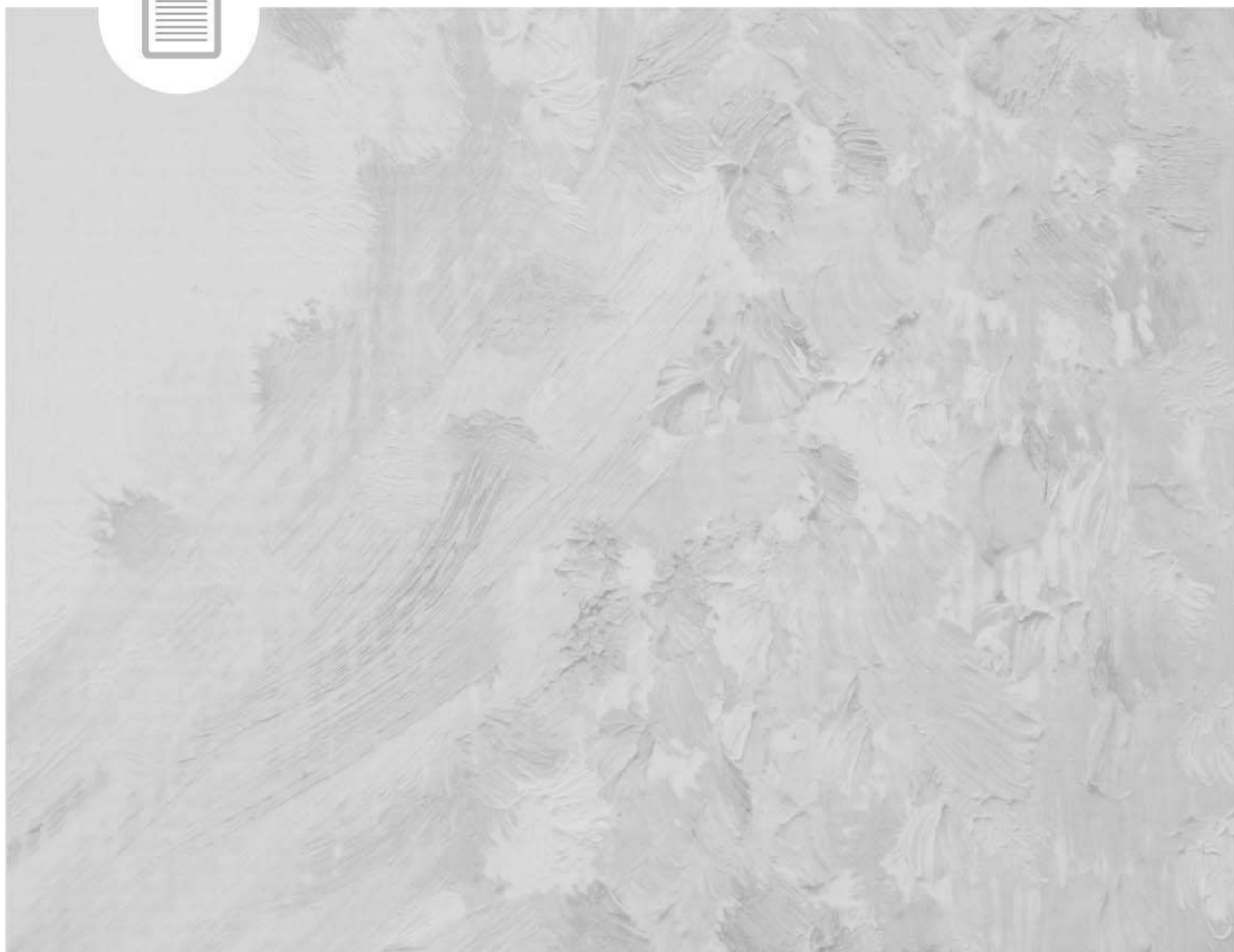


NIÑAS Y MUJERES DE AMÉRICA LATINA EN EL MAPA TECNOLÓGICO: UNA MIRADA DE GÉNERO EN EL MARCO DE POLÍTICAS PÚBLICAS DE INCLUSIÓN DIGITAL



Isabel Pavez





1 Introducción: ¿Qué es la brecha de género y por qué es importante en el contexto digital?

En diversas culturas y periodos de la historia han existido considerables diferencias en los roles que socialmente se les ha atribuido a hombres y a mujeres. Se trata de construcciones sociales de género que son dinámicas y van evolucionando en el tiempo. Sin embargo, niñas y mujeres de todo el mundo han debido lidiar con desigualdades que se traducen en barreras que les impiden el desarrollo completo de su potencial. Se trata de diferencias que atentan contra una igualdad que es entendida en términos de derechos, responsabilidades y oportunidades, donde tanto los intereses como las necesidades y las prioridades de niños, niñas, hombres y mujeres cuentan (Hannan, 2001). En otras palabras, no se busca que hombres y mujeres sean iguales, sino que sus derechos valgan lo mismo (ibid). En el contexto Latinoamericano y del Caribe si bien hay cifras auspiciosas que indican que se ha cerrado en un 70% la brecha de género (Hausmann y otros, 2013), falta aún mucho por avanzar. Esto queda en evidencia en ámbitos como el laboral, donde las mujeres perciben menos ingresos que sus pares masculinos con igual o superior calificación, alcanzando diferencias de hasta un 90% (Rico y Trucco, 2014). Participación y acceso a ocupaciones también es un plano donde se detectan inequidades de género. Por ejemplo, el 30% de las mujeres se dedica exclusivamente al trabajo doméstico no remunerado, y una de cada tres en edad de trabajar no percibe ingresos (CEPAL, 2014a). En términos de representación pública en los últimos diez años la presencia femenina en los parlamentos de la región aumentó en 14 puntos no obstante continúa baja y sólo alcanza el 26,4% (Observatorio de Igualdad de Género, 2015).

El ámbito de las tecnologías de información y comunicación (TIC) es también parte de este mapa de desigualdades. A nivel mundial las cifras apuntan a que existe 1.3 billones de mujeres usuarias de internet versus 1.5 billones de hombres (Schaaper, 2013). En los países desarrollados esta diferencia es de sólo 2%, la que aumenta a 16% en los países en vías de desarrollo (ibid). En cuanto al uso de internet las mujeres continúan siendo minoría a nivel global alcanzando sólo un 46% mientras que el 54% es de género masculino. En América Latina se estima que este porcentaje alcanza los 49 puntos (Gatignol, 2011). Las mujeres además tienen 21% menos de probabilidades de tener su propio teléfono móvil, lo que se traduce en una brecha de 300 millones en todo el mundo, y se estima que menos del 20% de los especialistas en TIC son mujeres (Schaaper, 2013). Aspectos tales como acceso a equipos y plataformas tecnológicas, desarrollo de destrezas digitales y tiempo destinado a uso de tecnologías son algunos de los temas donde la diferencia de oportunidades de género continúa patente. Este escenario no es auspicioso, sobre todo si se tiene en cuenta que las proyecciones indican que a la fecha el 90% de los empleos formales requieren de algún grado de alfabetización digital (ITU/UNESCO, 2013). Se ha discutido qué aspectos ligados a la familia, la escuela y al mundo laboral están involucrados en esta realidad ya que son esferas fácilmente permeables por desigualdades de oportunidades entre hombres y mujeres (Observatorio de Igualdad de Género, 2013; Scuro y Bercovich, 2014). En la práctica esto significa que niñas y mujeres están más expuestas a quedar rezagadas en el mundo de las TIC ya que deben sortear mayores barreras que sus pares masculinos para acceder y aprovechar las ventajas ofrecidas por el mundo digital. En otras palabras, la ventaja competitiva de las nuevas tecnologías para



integrarse socialmente y empoderar a niñas y mujeres, así como equiparar otras brechas de género, se ven en riesgo (ibid).

Este escenario es particularmente preocupante cuando se analiza desde un enfoque de derechos. Desde 2011 las Naciones Unidas han reconocido acceso a la web como un derecho humano donde, en un contexto sin precedentes, las tecnologías forman parte de cada aspecto de la vida moderna (Human Rights Council, 2011). Se trata de una perspectiva que promueve y protege el derecho a la opinión y expresión, así como las ventajas que ofrece internet en la búsqueda de información y sus posibilidades de comunicación (ibid). Esto es crucial porque estamos en una sociedad formada por redes donde el uso y las habilidades tecnológicas están directamente relacionadas a la posición social y el desarrollo de capitales culturales, económicos y sociales (Castells, 2003; van Dijk 2005, 2006). Desde una perspectiva de género hay instancias regionales que han hecho eco de este llamado y se han generado acuerdos tales como el de Beijing, (1995), México (2004), Brasilia (2010) y Santo Domingo (2013) (Camacho, 2013). No obstante las tecnologías por que sí o como un fin en sí mismas no es suficiente, es necesario preguntarse el *cómo* y *para qué* de forma de reflexionar sobre aspectos que van más allá del acceso a éstas. Es aquí donde el derecho a la educación cobra una nueva importancia, porque se trata de un elemento modelador que permite dar sentido al mundo de las TIC. La educación tiene un rol no sólo en términos de acceso sino como generador de capacidades digitales, que tal como afirma Flores (2009), den paso a un desarrollo personal y entregue nuevas oportunidades para aportar en la formación de las personas. En los derechos de la infancia y más específicamente en el derecho a la educación las nuevas tecnologías también tienen un rol clave puesto que hoy en día no es posible concebir igualdad de oportunidades y el disponer de información sin acceso a TIC y el desarrollo de competencias digitales. Así ha sido entendido por los gobiernos de la región, posicionándola como una donde las políticas educativas y de inclusión digital están alineadas y gozan de un alto nivel de proactividad (SITEAL, 2014).

Entonces en un contexto social donde no sólo es asumido que el desarrollo de habilidades digitales es necesario, sino un derecho, la carencia de éstas tiene efectos tanto prácticos como psicológicos. Según "ONU Mujeres" las TIC son reconocidas como parte fundamental del desarrollo de la mujer, ya sea a través de iniciativas de trabajo, participación en redes de desarrollo y de apoyo y acceso a conocimientos y educación (Palacios, 2011). Pero su alcance es aún mayor puesto que "con el crecimiento global de la sociedad del conocimiento, la realización del derecho de las mujeres a acceder plenamente y utilizar las TIC pueden ayudar a hacer realidad los recursos humanos y el potencial de una nación para el desarrollo sostenible" (ITU/UNESCO, 2013:10). Esto además se traduce en que el aprovechamiento de recursos tecnológicos si bien involucra aspectos tan claves como el ámbito educacional y laboral, sus alcances van mucho más allá, posicionando a las tecnologías como herramientas en pro de la emancipación y el empoderamiento de niñas y mujeres. Se trata, en definitiva, de recursos que les permitan alcanzar su máximo potencial. Es aquí donde la discusión de las desigualdades de género en las TIC se hace clara y relevante, ya que las nuevas tecnologías son evaluadas más que como artefactos como herramientas de inclusión y empoderamiento. Son un instrumento que permite poner en práctica la agencia (*agency*) de niñas y mujeres, la que es entendida como una "acción significativa e incluye la reflexión de la experiencia pasada, la interpretación del presente y la consideración de las necesidades y aspiraciones futuras" (Wessels, 2012:1534). En este sentido, las TIC y particularmente internet, son posibilidades que van siendo moldeadas y aprovechadas de acuerdo a los intereses, necesidades y contexto de quienes acceden a ellas (Hutchby, 2001). Es precisamente por medio del uso de estas herramientas que ellas le dan sentido a las tecnologías, las adaptan a su propia realidad y las usan como vehículo para alcanzar sus metas. Niñas y mujeres son agentes activas y protagonistas de su desarrollo. Se trata de una visión que resalta la importancia de generar espacios y oportunidades para el desarrollo de



habilidades digitales, teniendo en consideración el nivel de conocimiento, de oportunidades y las circunstancias sociales de quienes las utilizan (Wyatt y otros, 2000). Este es un enfoque inclusivo donde las TIC no están separadas de la realidad de las niñas y mujeres ni de su contexto social y cultural. Es desde esta perspectiva que la discusión de la brecha digital y de género se enriquece, y permite evaluar tanto la evidencia teórica como empírica a la luz de la realidad regional de América Latina y el Caribe.



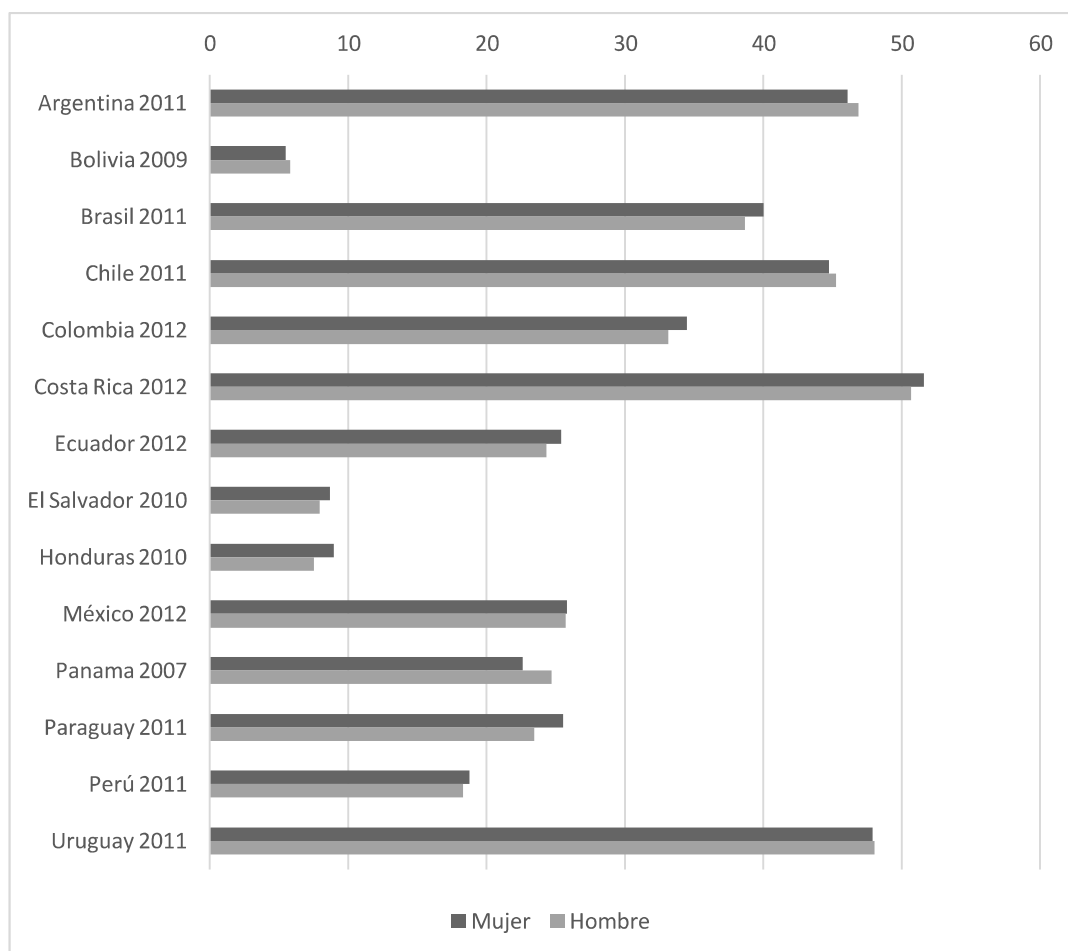
3 ¿Dónde acceden y qué hacen con las tecnologías? Las distintas brechas digitales que deben sortear niñas y mujeres de la región

Los datos analizados dan luces de la gran variedad de aspectos que hay que tener en cuenta a la hora de evaluar acceso y uso de TIC; sin embargo la evidencia indica que la brecha digital de género es resultado de brechas sociales que afectan a las mujeres de la región. Por ejemplo, impacta con mayor frecuencia a las que son de zonas rurales por sobre a las de zonas urbanas, el nivel educacional tiende a equipararlas con sus pares masculinos en términos de uso y acceso, pero aquellas de mayor edad están en desventaja. Pero también la información recabada, como por ejemplo en el caso de Colombia o en el de República Dominicana, muestran que se trata de un tema complejo donde hay distintos tipos y niveles de inequidades y donde hay aspectos donde las niñas y mujeres superan a los hombres. Es por ello que surge la necesidad de diferenciar aspectos relacionados a acceso y a tipos de uso, si existe apoyo o guía, y cómo es la experiencia, entre otros. Son un conjunto de elementos que demuestran que no todos y todas son iguales frente a la pantalla de un computador o un teléfono móvil o una *tablet*. En este contexto uso está ligado a habilidades digitales, confianza con las que se utilizan y lógicamente los propósitos, los cuales dicen relación con los intereses de los usuarios así como con sus niveles educacionales y sus realidades socioculturales. En estos usos se inscriben las expectativas y necesidades que surgen en su vida diaria. Este es un aspecto relevante porque significa que si bien la brecha de acceso a TIC puede ser superada, la inclusión digital debe ser evaluada en relación a los tipos y capacidades de uso, que es lo que aportará una visión global del fenómeno. Sólo cuando el foco está puesto en la experiencia del usuario y es contextualizada es posible explorar el rol de la tecnología en la vida de las personas, particularmente en aquellas niñas y mujeres que han permanecido excluidas, o que fueron incluidas pero luego por distintas circunstancias no pueden seguir accediendo o utilizando las TIC.

Uno de estos factores es la llamada **inequidad en la autonomía del uso** la que se refiere específicamente al control que el usuario ejerce sobre la web (DiMaggio y Hargittai, 2001). Una parte importante de esta dimensión es el lugar desde donde se accede a internet, ya que hay condiciones y limitaciones distintas si se navega desde el trabajo, el hogar, una biblioteca o un centro comunitario, por ejemplo en términos de regulaciones, límites de tiempo, de horario, filtros o impedimentos técnicos (ibid). Desde este punto de vista el acceso desde el hogar es importante porque los usuarios pueden potencialmente beneficiarse de la conveniencia de la locación. Los datos disponibles para 2010 y 2011 en 14 países de la región indican que tanto mujeres como hombres gozan prácticamente en igual medida acceso a internet en su hogar (ver gráfico N. 8)



Gráfico N°8: Acceso a internet en el hogar, por sexo en 14 países*



Fuente: Elaboración propia con datos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) en CepalStats. Disponible el 27/11/2015 en <http://interwp.cepal.org/sisgen/ConsultaIntegrada.asp?idAplicacion=11&idioma=e>

Sin embargo otros estudios dan cuenta de brechas importantes. Por ejemplo en Chile y en Perú si el jefe de hogar es una mujer las probabilidades de que ese hogar tenga acceso a internet disminuyen en 7% (Katz, 2013). Otro aspecto que han destacado numerosos investigadores en el tema es que las cifras que hablan de acceso a internet no permiten dilucidar si todos los miembros de la familia –y en este caso las niñas y mujeres- acceden a la web, con qué frecuencia y en qué condiciones. Entonces a pesar de contar con cifras alentadoras, al contrario la literatura evidencia que las mujeres no tienen prioridad en el uso de las tecnologías en el hogar, sobre todo cuando son madres (Bakardjieva, 2006; Burke, 2001). Las madres tienden a evaluar las TIC como un elemento valioso para la educación de sus hijos, lo que crea un ambiente donde son ellos los principales usuarios (Bird and Jorgenson, 2002; Goh, 2013). Ellas, por su parte, proveen el acceso pero debido a sus responsabilidades en el hogar –que muchas veces son combinadas con responsabilidades laborales- tienen menos tiempo de uso, lo que conlleva a menos experiencia, confianza y desarrollo de habilidades, lo que es acentuado en un contexto donde la cultura patriarcal es relevante (Pavez, 2014a). Por ejemplo en Brasil, Chile, Costa Rica, Honduras, México y Paraguay las mujeres tienen 6% menos de probabilidades de usar internet en el hogar (Navarro y Sanchez, 2011) y en Costa Rica sólo el 54% de las

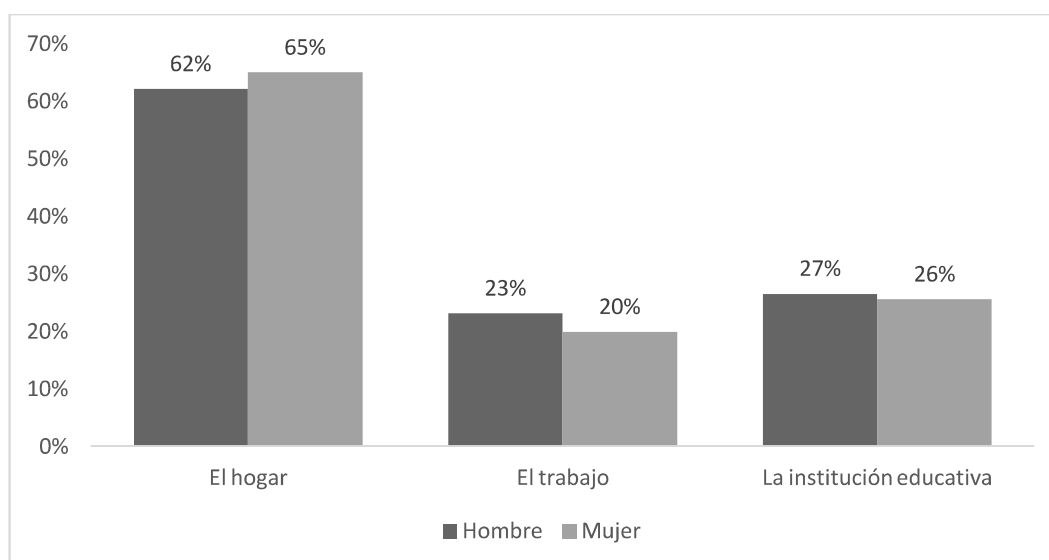


mujeres accede desde su casa (Katz, 2013). Las conclusiones indican que

(...) si bien las mujeres están en condiciones similares respecto de los hombres en términos de infraestructura de acceso en el hogar, al considerar las tasas de uso de internet por sexo comienza a abrirse una brecha (...) Los datos son elocuentes y dejan entrever que las mujeres se benefician de los avances de la sociedad digital, pero con rezago respecto de los hombres (Scuro y Bercovich, 2014:52).

Es decir, nuevamente el tema de las construcciones culturales y sociales de género, que dan paso a inequidades más profundas que las tecnológicas, juegan un rol en cómo y en por qué las niñas y mujeres van quedando en desventaja. No obstante sigue siendo destacable el hecho de que ellas tengan un potencial acceso a la red en el hogar. Por ejemplo, en los Indicadores Básicos de Tenencia y Uso de Tecnologías de la Información y Comunicación en Hogares y Personas de 5 y más años de edad de Colombia (ver Gráfico N. 9), el hogar se posiciona como la locación donde las mujeres tienen más acceso a esta tecnología (65%) muy por sobre el lugar de estudio (26%) y el trabajo (20%), siendo este el único lugar donde la brecha es favorable para las mujeres.

Gráfico N°9: Lugares de acceso a internet por sexo en Colombia (2014) (en porcentajes).



Fuente: Elaboración propia, base de datos de Indicadores Básicos de Tenencia y Uso de Tecnologías de la Información y Comunicación en Hogares y Personas de 5 y más años de edad, Ministerio de Tecnologías de la Información y Comunicaciones de Colombia.

La **inequidad de habilidades** está relacionada con la capacidad de responder de forma pragmática e intuitiva a los desafíos y oportunidades que permita explotar el potencial que ofrece internet (DiMaggio y Hargittai, 2001). Es aquí donde existe la mayor diferencia y donde hay más factores en juego tales como educacionales y socioeconómicos. Es lo que se ha llamado segunda brecha digital, o brecha de segundo orden y la que en definitiva determina los beneficios que se pueden obtener de las tecnologías y está relacionado al lugar que ocupa el o la usuaria en el mundo digital y social (van Dijk, 2006; Hargittai y Hinnant, 2008). Esto refuerza la idea de que una vez que se supera el acceso no todas las usuarias de TIC son iguales debido sus capacidades de uso y aprovechamiento de las tecnologías. Los resultados del rol de éstas en sus vidas, y cómo usan estas herramientas son la brecha más importante de superar porque es lo que hará la diferencia en términos de competencias con efectos en los ámbitos sociales, económicos y educacionales (Rico y



Trucco, 2014). Ésta es también la que coloca a niñas y mujeres en considerable desventaja, sobre todo por su uso restringido y actividades que requieren de menos destrezas. Como afirman Scuro y Bercovich (2014) “[estas] diferencias en los usos tienen su explicación en las relaciones de poder asimétricas entre hombres y mujeres, enraizadas históricamente en el sistema de género hegemónico que se reproduce en la familia, la escuela y el mundo laboral” (p.24). Según los autores esto implica que aunque disminuya la brecha digital en su conjunto, las mujeres permanecerán en desventaja.

La participación de las mujeres en áreas académicas y profesionales ligadas a las TIC es otro factor que impacta en sus habilidades y conocimientos. La evidencia da cuenta de que las mujeres de la región que alcanzan un mayor nivel educacional continúan prefiriendo profesiones y especializaciones culturalmente asociadas a su género, tales como docencia, servicio social y área de la salud como enfermería; los hombres en tanto lideran las áreas tecnológicas y de ingenierías (Aponte-Hernández, 2008). Lo complejo son las repercusiones de ello, puesto que “las tendencias de segregación de género en las disciplinas académicas en la educación superior que determina la naturaleza de la participación en la actividad económica, reproduce y mantiene la desigualdad en los salarios prevalecientes en el mercado laboral” (p.135). Esto dice relación con percepciones de la tecnología que están arraigadas en niñas y adolescentes y que continúa en la juventud. En un estudio global que incluyó a jóvenes entre 18 y 30 años de 14 países de Latinoamérica y el Caribe se dio cuenta de estas diferencias de género en aspectos como su apreciación de desempeño en el mundo digital de la región, donde el 83% de las mujeres considera que utiliza tecnología de punta, cifra que sube a 89% en los hombres. En tanto, el 44% de ellos considera que la tecnología ha influido en su modo de percibir la vida, lo que correspondió sólo un 22% en las mujeres. Por último solamente el 25% de las mujeres considera que la tecnología es el ámbito de estudios más importante para asegurar éxito en el futuro versus 44% de los hombres (Telefónica, 2014).

Respecto de los usos, las investigaciones no son contundentes pero sí coinciden en que a nivel global las mujeres utilizan las TIC con fines sociales en mayor medida que los hombres, haciendo uso de las redes sociales en promedio 5,88 horas en comparación a 4,75 horas de utilización en estos sitios que los hombres. Los datos de América Latina la posicionan como la región del mundo donde se pasa mayor tiempo en estos sitios, y donde las mujeres superan a los hombres (9,08 horas ellas en promedio y 8,27 horas los hombres) (Marchant y Yuki, 2014). Estudios globales dan cuenta de que en general las mujeres de la región son aquellas que pasan mayor tiempo online en sitios de carácter social alcanzando el 52% de su consumo de internet entre mensajería instantánea, redes sociales y uso de email (Abraham y otros, 2010). De todas las regiones del mundo, las mujeres de Latinoamérica y el Caribe son las que hacen mayor uso de redes sociales tanto en hombres como mujeres (Marchant y Yuki, 2014). Estos resultados son consistentes con otras cifras que indican que las niñas y adolescentes utilizan las TIC con más frecuencia que los hombres para comunicarse, especialmente a través de correo electrónico y chat, y también con fines académicos (Pavez, 2014b; Rico y Trucco, 2014). En un estudio que incluyó adolescentes de Chile, Panamá, Trinidad y Tabago, y el Uruguay destacó que “existe un mayor interés de las mujeres por buscar amistades en un contexto de anonimato, donde pueden compartir sus sentimientos y emociones de modo conveniente” (Rico y Trucco, 2014:32). Esto permite en parte explicar la gran popularidad que gozan las redes sociales en los más jóvenes², puesto que es aquí donde desarrollan procesos que son propios de la edad como la formación de grupos, sentido de identidad entre pares, generación de vínculos, entre otras. En un estudio conducido por UNICEF Argentina que contó con la participación de 1,100 niños y niñas entre 13 y 17 años no sólo las redes

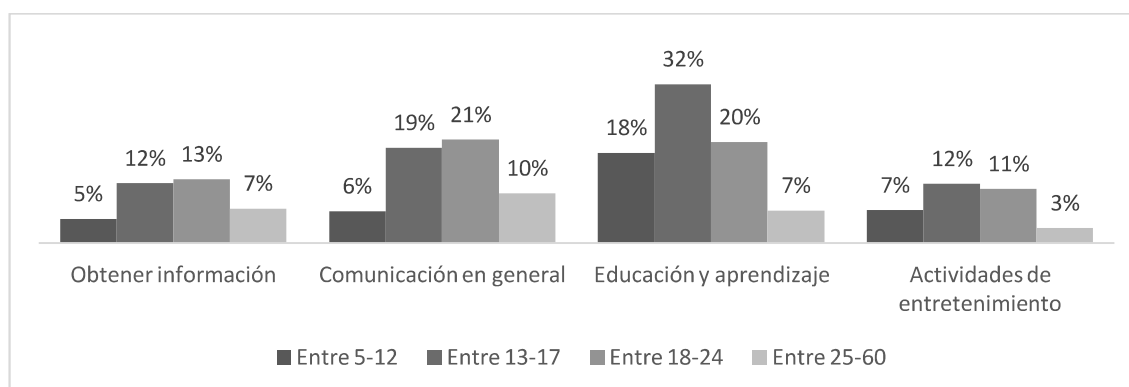
² Cabe destacar que el alcance de las redes sociales en América Latina está por sobre el promedio global (85,4%) alcanzando 95% en la región. Los países con mayor uso son México (98,3%), Argentina (97,6%), Chile (96,9%) y Perú (96,7%) (Daie, 2014)



sociales se posicionaron como las más populares, sino que el uso de internet como medio para relacionarse con otros, alcanzando un 90% aquellos que se conectaban para chatear con amigos (Ravalli y Vanoli, 2011). En tanto, el 89,7% de las niñas contaba con una cuenta de Facebook y el 52,4% de las usuarias reconoció haber conocido personas a través de la red (ibid). Sin embargo, esto también los hace más vulnerables a conductas riesgosas, por lo que se requieren habilidades digitales que les permitan discriminar situaciones de riesgo³.

Pero no todo es entretenimiento. En Ecuador por ejemplo, la Encuesta de Uso del Tiempo (2012) se aprecia que actividades relacionadas a educación y aprendizaje tienen un rol importante en su tiempo online (ver gráfico N. 10). Es una tendencia que se ve en niñas y adolescentes, mientras que entre los 5 y los 12 años de edad usar internet para actividades relacionadas a la escuela alcanza un 18%, este aumenta a 32% entre aquellas de 13 a 17 años. De los 18 años en adelante si bien la tendencia es a la baja, educación y aprendizaje continúan como actividad hasta los 60 años (20% entre 18 y 24 años y 7% para las mayores de 25). Comunicación en general es la categoría que le sigue en importancia, también en todas las edades. Esto se aprecia con mayor intensidad en las adolescentes y jóvenes, con un 19% de aquellas entre 13 y 17, aumentando dos puntos porcentuales hasta los 24 años. Actividades relacionadas a entretenimiento y a obtener información no se ven como especialmente importantes. Sin embargo, al hacer un análisis por edad se aprecia que las niñas entre 5 y 12 años utilizan internet para buscar información (5%), comunicarse (6%) y entretenerse (7%) casi indistintamente. Las únicas actividades que se escapan de esta tendencia son las ligadas a educarse y aprender (18%). En el siguiente rango etario en cambio (entre 13 y 17 años), si bien educación sigue siendo predominante (32%) comunicarse cobra un rol importante aumentando 13 puntos porcentuales (de 6 a 19%), la que alcanza su peak entre jóvenes de 18 y 24 años.

Gráfico N°10: Principales cuatro actividades online* reportadas por niñas y mujeres entre 5 y los 60 años de Ecuador en los últimos 12 meses (en porcentajes).



Fuente: Elaboración propia en base a datos de Encuesta de Uso del Tiempo 2012, Ecuador. Disponible el 27/11/2015 en <http://www.ecuadorencifras.gob.ec/uso-del-tiempo-2/>

*Las categorías no son excluyentes

No obstante las habilidades que se requieren para hacer un uso provechoso de la web no

³ Un claro ejemplo se da en el tema del acoso a través de la red (*ciberbullying*) donde el 85,9% de las niñas y adolescentes que se declararon agresoras fueron víctimas de violencia escolar, lo que representa una diferencia significativa con sus pares de género masculino (Varela y otros, 2011). Más allá de la gravedad de las consecuencias que tiene para víctimas, victimarios y la comunidad escolar en general, es que estamos frente a un nuevo tipo de agresión que tiende a perpetuar la violencia de género (Rico y Trucco, 2014).



sólo dicen relación con destrezas digitales, sino también con el idioma. Esto es de alta pertinencia para las niñas y mujeres de Latinoamérica y el Caribe puesto que se ha comprobado que los sitios más visitados por internautas Latinoamericanos son sitios que no están en el idioma de quienes los visitan, son internacionales o no tienen contenidos locales. Estos crean una brecha para la “apropiación efectiva de activos digitales” particularmente en el género femenino (Katz, 2013, s/n). La evidencia indica que solo el 27% de los sitios más visitados son locales y que de los sitios web internacionales que son “adaptados” a la cultura del país, 10% son sólo traducciones de idioma, dando cuenta de la gran cantidad de contenido externo o internacional que no dice necesariamente relación con la realidad social o cultural del país. Por ejemplo, al 2013 en Argentina de los 100 sitios más populares 1 de cada 4 eran internacionales, 5 traducciones del inglés y cerca de 40 adaptaciones de sitios desarrollados en el extranjero (ibid).

Inequidad en la disponibilidad de soporte social hace referencia a la red de apoyo que le permite a los nuevos usuarios hacerse más competentes y superar los obstáculos que surgen una vez que comienzan a hacer uso de las TIC (DiMaggio y Hargittai, 2001). Es lo que Bakardjieva (2005) llama el “experto cálido” (*warm expert*) que “media entre la situación universal tecnológica y la situación concreta, las necesidades y el contexto del usuario novato con quien tiene una relación personal cercana” (p.99, traducción propia). En el caso de las mujeres se ha visto que aquellas que entran al mundo digital en su adultez están en clara desventaja y en este caso el soporte social y la guía y el apoyo de alguien cercano es clave. Esto porque como se ha discutido cuando existe conexión a internet desde el hogar la tendencia es que la prioridad la tengan los hijos o la pareja. Esto tiene directa implicancia en el tiempo que ellas tienen online y en el desarrollo de sus habilidades digitales, las cuales son a menudo comentadas por los familiares, lo que aumenta su falta de confianza. Pero también se da el caso de que son los hijos y la pareja las que motivan a las mujeres a usar la red, y son ellos los que les crean cuentas de email o en redes sociales, o las ayudan a utilizar otras aplicaciones comunicacionales como video-llamadas (Pavez, 2014a). En Chile, un estudio donde participaron 242 niños en edad escolar y sus padres, evidenció solidaridad de género en cuanto que las niñas –a diferencia de los niños- tenían un rol importante al enseñarle a sus madres (Correa, 2014). La autora corrobora en su estudio que la forma en que la tecnología es utilizada en el hogar está enraizada a estructuras familiares y aspectos culturales, y es en este contexto también donde las madres fueron más receptivas a la ayuda de sus hijos (ibid).